

# El par calipso.

Bruno Arellano

Image not found.

# Capítulo 1

## ***El ultimo crepusculo***

Enfocada su mirada en cada destello que las estrellas emitían desde infinitas lejanías, sus ojos perdían su brillo a medida que la luna brillaba cada vez más incandescente; como si fuera ella quien robase el resplandor de su vista y guardase los secretos más codiciados por su pérdida alma.

Sometido al peso de la vejez, añoraba su juventud como el tesoro que se le había saqueado, como Prometeo robando el fuego; Como Zeus tomando el trono de su padre y como el corazón secuestrado por una bella dama que atrae a todos los hombres y sus deseos, pero jamás será tocada.

Su época de oro había sido derrochada apasionadamente en la busca de la mujer que marco su nombre en su mano, y que permaneció indescifrable como la sonrisa de la Monalisa. La vida entera buscando la utopía que ocultaban esos ojos, el Avalon para quien los viese y el Helheim para quien los ignorase, el terreno más santo o el mayor y profundo infierno.

El crepúsculo vespertino de su vida se presentaba como una mano cálida que acaricia su añejo y cansado espíritu del luto de esperar toda una vida. El viento roza sus mejillas una vez más como quien se despide por última ocasión de un viejo amigo, la temperatura se elevo, recordándole los veranos pasados en los que, entre multitudes, buscaba la estela que dejo aquel par de ojos, sin embargo ahora, al abrirlos no estaba rodeado de gente; la flores cubrían todo el increíble jardín. "Un último viaje" se dijo a sí mismo y camino por los rosales y colinas sabiendo que aquella era la aventura que concluiría su vida. Bañado en la luz crepuscular distinguió que sublime figura, acelero el paso, pero, una vez más, subyugado por su edad tropezó incontables veces, se arrastro, ensucio e hirió mientras iba hacia ella. El último aliento de su agotada alma se rebeló entonces contra las cadenas que la vejez había atado a él, quebrandolas y devolviendole la fuerzas y alientos necesarios para lograr alcanzar la esbelta silueta, rendido se dejo caer a centímetros de la figura negra quien lo tomo en brazos e inesperadamente beso sus agrietados labios que habían olvidado la textura de los ajenos, el longevo hombre abrió los ojos para encontrarse con el tesoro que perdió pero que nunca fue suyo, al término del acto su esencia se desvaneció en la eternidad y, sintiéndose más glorioso que Gilgamesh en su búsqueda de la inmortalidad. Dio fin a su vida después de entrar en aquellos ojos color Calipso.

## Capítulo 2

### ***El sueño viajero***

El bullicio había captado la atención de los vecinos, una pelea en la casa de la esquina, se distinguía el sonido de los cubiertos cayendo al suelo, muebles siendo apartados con implacable ira. Un tímido llanto de bebe se disfraza con la algarabía y nadie logra oírlo. Con un último estruendo se apaga la luz principal llevándose entre la oscuridad la vida de la madre de aquel infante. Al caer en cuenta de sus actos, el cobarde hombre sale de la casa cubierto de sangre ajena en su intento de huida, es interceptado por la gente que, le lincha al acto.

De pronto solo escuchan el leve llanto desenmascarado del niño ahora huérfano, ignorante de sus problemas. Entran velozmente a por él para determinar si estaba herido, al entrar en la habitación solo perciben un tierno aroma, uno que solo despertaba curiosidad y lujuria en la gente; el bebe no estaba y la ventana más grande de la casa se encontraba abierta de par en par, con sus cortinas ondeantes al viento helado nocturno.

Volviendo en si luego de hacer memoria, "¡ ahora recuerdo i" grita el anciano con su cuerpo hecho etéreo mientras viaja a brazos de la desconocida pero familiar mujer. Adicto a su mirada se movió para intentar ver nuevamente esas dos puertas al cielo, fallando en el intento, sin siquiera hablar, logro notar el descontento de la figura y cedió a sus deseos. Pero, ¿Quién era ella?, ¿Quién era ese ente al que dedico su vida y solo le encontró a brazos de la cálida muerte?. Cerró los ojos nuevamente, Con fe puesta en la certeza de hallar todas las respuestas que duro 72 largos años buscando.

Sabía que la palma de su mano contenía el nombre que era la pista de todo el enigma de su existencia, pero sin fuerzas para alzar y verla, más con su memoria hecha pedazos. No tenía como saber ni recordar aquel nombre. Intento hablar pero más parecían a respiros con palabras que no sabían nadar siendo ahogadas por el viento del viaje. Se quedo allí, contemplando el infinito, un vórtice negro lleno de rostros, palabras y objetos que no se acercaban a ellos lo suficiente para que su vista borrosa los distinguiese. Volvió a dormir, pues, la incandescencia tan tierna que emanaban los delgados brazos le hacían sentir seguro, a un hombre que no conocía más que la amargura y tragedias de la vida y el amor.